

Quiso el alma decir: «Ya lo soy», mas la vergüenza fue tan grande como el amor, a quien pedí con hartas sumisiones y humildades me diese ocasión y ventura, pues me había dado causa. No dejó don Felis perder ninguna de las que la Fortuna le dio a las manos; y fue la primera que, habiéndome doña Isabel avisado de la venida de su hermano, fue fuerza visitarla. En cuya visita me dio don Felis en los ojos a conocer su amor tan a las claras, que pudiera yo darle albricias de mi suerte; y como yo le amaba no pude negarle en tal ocasión las justas correspondencias. Y con esto le di ocasión para pasear mi calle de día y de noche, y que al son de una guitarra, con la dulce voz y algunos versos, en que era diestro, darme mejor a conocer su voluntad.

Acuérdome, Fabio, que la primera vez que le hablé a solas por una reja, me dio causa este soneto:

Amar el día, aborrecer el día,

llamar la noche y despreciarla luego,
 temer el fuego y acercarse al fuego,
 tener a un tiempo pena y alegría;
 estar juntos valor y cobardía,
 el desprecio cruel y el blando ruego,
 temor²⁸ valiente, entendimiento ciego,
 atada la razón, libre osadía;
 buscar lugar en que aliviar los males,
 y no querer del mal hacer mudanza,
 desear sin saber qué se desea;
 tener el gusto y el disgusto iguales,
 y todo el bien librado en la esperanza:
 si aquesto no es amor, no sé qué sea.

Dispuesta tenía Amor mi perdición, y así, me iba poniendo los lazos en que me enredase y los hoyos donde cayese, porque, hallando la ocasión que yo misma buscaba, desde que oí la música me bajé a un aposento bajo de un criado de mi padre, llamado Sarabia, más codicioso que leal, donde me era fácil hablar por tener una reja baja, tanto que no era difícil tomar las manos, y, viendo a don Felis cerca, le dije:

—Si tan acertadamente amáis como lo decís, dichosa será la dama que mereciere vuestra voluntad.

—Bien sabéis vos, señora mía —respondió don Felis—, de mis ojos, de mis deseos y de mis cuidados, que siempre manifiestan mi dulce perdición; que sé mejor querer que decirlo. Que vos sepáis que habéis de ser mi dueño mientras tuviere vida es lo que procuro, y no acreditarle ni por buen poeta ni mejor músico.

—Y ¿paréceos —repliqué yo— que me estará bien creer eso que vos decís?

—Sí —respondió mi amante—, porque hasta dejar quererse y querer al que ha de ser su marido tiene licencia una dama.

—Pues ¿quién me asegura a mí que vos lo habéis de ser? —le torné a decir.

28.— Orig.: 'Temer'



Lemir 16 (2012) - Textos:: 353-572

ISSN: 1579-735X

MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR

NOVELAS AMOROSAS Y EJEMPLARES



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO